

Augusto de Angelis

EL CASO DEL BANQUERO
ASESINADO

Traducción del italiano de
Alfonso Zuriaga

 Siruela

Libros del Tiempo / Biblioteca de Clásicos Policiacos

Índice

Capítulo 1 NIEBLA	9
Capítulo 2 MONFORTE... CUAREN...	22
Capítulo 3 LAS PRIMERAS INVESTIGACIONES	37
Capítulo 4 UNA TERRIBLE PRUEBA	51
Capítulo 5 EL JOVEN RUBIO DE LA BUHARDILLA	62
Capítulo 6 «¡NO SÉ!... ¡NO SÉ NADA!»	74
Capítulo 7 EL CONDE MARCHIONNI	87

Capítulo 8 LOS DOS REVÓLVVERES	102
Capítulo 9 «¡YO LO MATÉ!»	117
Capítulo 10 UN GRAN AMOR	130
Capítulo 11 EL DOLOR MÁS ALLÁ DEL DOLOR	141
Capítulo 12 TINIEBLAS	157
Capítulo 13 INTENTOS	172
Capítulo 14 LA REUNIÓN	185
Epílogo	195

Capítulo 1

NIEBLA

Piazza San Fedele era un bituminoso lago de niebla en cuyo interior las farolas de arco abrían halos teñidos de rojo. El último automóvil se alejaba de la acera frente al teatro Manzoni muy despacio, mientras hacía sonar el zumbido metálico del claxon. El teatro cerraba sus grandes puertas negras.

Sombras fantasmales atravesaban la plaza. Dos de ellas se cruzaron al comienzo de la Via Agnello, y una notó que la otra era la de un señor en traje de gala, con abrigo de piel y chistera. El señor, en cambio, no vio más que una sombra negra. Por lo demás, ni siquiera estaba mirando. Caminaba. Desde la plaza avanzó despacio por la Via Agnello a través de la niebla. Siguió su camino.

El hombre, como si hubiera reconocido a aquel con quien se había topado, dio la vuelta para seguirlo; pero un instante después se detuvo, indeciso, sacó el reloj y, acercándose a los ojos, vio que pasaban algunos minutos de las doce de la noche. Se encogió de hombros y volvió sobre sus pasos, dirigiéndose rápido hacia el gran portal de la comisaría, por el que entró.

—¿Qué hay, señor?

—¡Ah!... ¿Qué quieres?

—¿Alguna novedad?

—¿Has preguntado a Masetti?

—¿Por qué? ¿La brigada sigue trabajando a estas horas?

—Masetti tiene que estar ya de vuelta... Lo envié a Porta Ticinese. Ve a enterarte de qué ha pasado.

—Hurto de poca monta, De Vincenzi... Habrá encontrado las tres pulseras donde el perista. —La redonda cara de De Blasi, apoplética, se burlaba con sarcasmo—. Esa es su especialidad. Encontrar pulseras en manos de peristas.

—¿Y cuál es la tuya, De Blasi? ¿La abstinencia?

—La verdad, no me jacto de beber siempre agua con limón, como tú...

De Vincenzi, sonriendo, se encogió de hombros. Ese periodista, redondo y rojo como una señal de prohibido, le caía bien. Pese a su mofletuda cara de borracho, era avispa-do y sagaz. Sin duda, el mejor de todo el Sindicato de Periodistas; engañarlo no era nada fácil.

—Todos tenemos nuestras debilidades, De Blasi...

—La mía no es una debilidad; es una fortaleza. Escucha... Entró en el despacho y cerró la puerta tras de sí.

De Vincenzi se levantó de golpe, escondiendo debajo de una pila de expedientes el libro que estaba leyendo.

—¡Suficiente! Si te sientas, no te vas a marchar hasta mañana, y tus teorías sobre las propiedades moleculares del vino ya las conozco bien.

De Blasi, impertérrito, miró hacia la estufa e hizo una mueca.

—¿No van a cambiar nunca las estufas de aquí dentro? Esa de ahí apesta. Yo no podría aguantar esto... Han pin-

tado las paredes del patio, han cambiado el mobiliario del comisario jefe... ¿Has visto los sofás rojos? Un poco duros, pero de momento están impolutos. Y, por el contrario, a vosotros no os cambian ni las estufas ni el papel descolorido de las paredes, ¿eh? ¿Hoy te toca turno de noche?

—Escucha, De Blasi... —Y el inspector, avanzando alrededor de la mesa, se acercó al periodista—. Eres muy simpático, pero ahora quiero estar solo una hora o dos... Vete a hablar con Masetti, o al Pilsen, o a la Galleria.

—¿Con esta niebla y a tres grados bajo cero? ¡Estás loco!

—En el Pilsen hace calor... Además, tú entras rápido en calor.

—¿Estabas leyendo?

De Vincenzi lo empujaba hacia la puerta mientras De Blasi, sin oponer mucha resistencia, señalaba la pila de expedientes sobre la mesa.

—¡Has enterrado tu vicio bajo los delitos y las faltas! ¿Cuántos ladrones y peristas aplastan ahora a Pirandello?

—¡Vete! No es Pirandello.

—Sí, ya me voy. ¿Pero es cierto que estudias psicoanálisis? Me lo ha dicho Ramperti... Un día de estos me tienes que dejar a *Froind*... ¿Se dice así? ¿Quién es *Froind*?

—Un señor que justificaría todos tus pecados diciendo que los sueñas por la noche.

—¡Qué curioso! ¿Por qué te has hecho policía, De Vincenzi?

—Para disfrutar, un día de estos, del placer de arrestarte. El escándalo público por embriaguez está contemplado en el Código Penal...

—¡Hum! ¿Cuándo me has visto borracho? ¿Vienes al Pilsen más tarde? ¿O al Cassè a las cuatro?

—Sí, al Cassè... Adiós.

Cerró la puerta, metió un tronco de madera en la estufa y abrió el regulador de tiro. Humeaba mucho, la verdad. Miró alrededor. El despacho del turno de noche era sórdido. Sobre la mesa, llena de quemaduras de cigarrillos y cuyo contrachapado se había echado a perder aquí y allá, casi cubierta en su totalidad por folletos, formularios y carpetas, el teléfono nuevo y reluciente parecía un objeto de lujo puesto ahí por error. O quizá un instrumento quirúrgico.

Se volvió a sentar y desenterró el libro de debajo de la montaña de papeles.

No era Freud. Era Lawrence. *Le serpent à plumes*. Los sentidos...

Abrió el cajón y tocó otros dos libros: *Eros*, de Platón, y las epístolas paulinas.

Se recostó sobre la silla y miró al techo. ¿Por qué se había hecho, justo él, inspector de policía?

Se incorporó de un brinco y, mientras cerraba apresuradamente el cajón, gritó nervioso:

—¡Adelante! ¡Tú! ¿Qué haces aquí a estas horas?

Alto, delgado, muy elegante, con el traje bajo el abrigo de piel y la chistera sobre la cabeza, Giannetto Aurigi entró muy rápido, se quitó el sombrero y permaneció de pie frente a la mesa, mirando con fijeza a De Vincenzi.

Sus ojos resplandecían, extrañamente brillantes, y su rostro estaba exangüe, contraído, enjuto.

Sonreía, y al hacerlo sus finos labios desaparecían, de forma que su boca parecía más bien una incisión.

Su palidez y sus mejillas enrojecidas impresionaron a De Vincenzi.

—¿Frío?

—¡Niebla! Desde Piazza della Scala no se ven las farolas de arco de la Galleria... Agujas en la cara y dedos entumecidos...

De Vincenzi lo miraba con curiosidad e interés.

—Dentro de la Scala, el sol de Egipto, los abanicos y la gloria de los faraones... Y, fuera, un vigilante dando vueltas...

Plegó el clac que sostenía entre las manos. Miró alrededor y fue a dejarlo sobre una especie de anaquel lleno de legajos.

Se quitó el abrigo y lo colgó en un clavo de la pared. A continuación, tomó asiento a la vez que se frotaba sus esbeltas manos ahusadas.

—¿Y tú has venido a San Fedele?!

—¿Eh? —Como se había abstraído, la pregunta lo sobresaltó—. Sí, y no es la primera vez... Sabía que estarías de guardia.

—Estoy de guardia todas las noches en un sitio o en otro, pero hacía tiempo que no te pasabas por aquí...

—Ya, pero no porque no piense en ti. Te tengo aprecio. De todos mis antiguos compañeros de clase, a ti era a quien más quería, aunque...

Se detuvo de pronto, como amedrentado, o porque su pensamiento se había ido por otros derroteros. Se rio y miró a su alrededor.

—Qué lugar tan triste.

—Es una comisaría como otra cualquiera. Pero estabas diciendo «aunque...». Aunque me haya hecho oficial de policía, ¿verdad?

—¡Qué vida más terrible! Pero, bueno, ¡debe de ser una vida de perros! Hay ladrones. ¡Eso también es natural!

—Ya...

De Vincenzi llevó mecánicamente la mano al libro que tenía delante. Una reacción inconsciente, de la que no se percató, le hizo añadir:

—Ladrones y asesinos...

—¿Qué tendrá eso que ver? —Y la voz de Aurigi sonó estridente, casi falsa.

—Lo decía sin más. Esta noche estás sensible. ¿Es por *Aida*? El otro se rio:

—¿Crees que ha afectado a mis nervios? Puede ser.

Estiró sus largas piernas y apoyó la nuca sobre el respaldo de la silla. Tenía los ojos entornados.

De Vincenzi lo miraba. ¿Por qué había venido? ¿Y por qué a esa hora?

Habían sido compañeros de clase y amigos. Su relación era afable, pero no se tenían mucha confianza. Aunque, por otro lado, ¿dónde podía encontrarse esa confianza, ahora que todos los hombres estaban en manos de su propio destino, de sus pasiones, de sus necesidades y de todos los vicios del cuerpo humano?

Cada uno de nosotros guarda un secreto, pero solo los más afortunados tienen uno que pueda confesarse.

¿Cuál era el secreto de Aurigi, quien, hacia las dos de la madrugada, había sentido la necesidad de venir a visitarlo y se estaba quedando dormido en la silla, como quebrantado por el cansancio, o por sus desvelos, o por una modorra enfermiza?

Sonó el teléfono sobre la mesa y el somnoliento pegó un brinco.

—¿Qué ocurre?

De Vincenzi sonrió.

—¡Nada! El teléfono...

Levantó el auricular y contestó:

—Dígame...

Pronunció algún monosílabo y colgó el receptor. Miró a Aurigi:

—Podías haber seguido durmiendo...

—¡Discúlpame! La música de Verdi...

Evidentemente, estaba intentando disimular. Hizo un gesto con la mano:

—Ese teléfono debe de ser tu martirio, toda una pesadilla para ti.

De Vincenzi posó su mano sobre el aparato negro y resplandeciente, y lo tocó casi amorosamente.

—¡Mi querido, tiránico teléfono! Es él quien, por la noche, durante mis largas horas en vela, me une a la ciudad (exagero), digamos que al mundo, a mi mundo de inspector, de jefe de la Brigada Móvil. A través de él me llegan las voces de alarma, las primeras llamadas desesperadas.

Dibujó una sonrisa indulgente en su rostro, como apiadándose de sí mismo, y siguió:

—Generalmente, los que llaman son porteros que se despiertan por el ruido de las ganzúas o por el sonido punzante de una descarga de revólver o sencillamente a causa del alboroto de una pandilla de gamberros nocturnos. ¡Míralo! Para ti es achaparrado, negro, inexpresivo; nada más que una caja con un ridículo auricular y un cable verde. Para mí, en cambio, tiene mil voces, mil rostros, mil expresiones. Cuando sueña, ya sé de antemano si es una llamada rutinaria o si anuncia un nuevo drama, una tragedia de amor y de delincuencia...

Aurigi exclamó con burla:

—¡Un misterio que desentrañar!

—Ríete si quieres. Tienes razón. Es muy raro que se trate de un misterio. ¡Me encantaría! Pero ya no ando buscándolos, ni me los espero en el sentido que te imaginas (una intriga policiaca, un enigma, un culpable que encontrar y que detener...). ¡No, no! La vida es más sencilla y mucho más compleja al mismo tiempo. Sin embargo, hay un misterio trágico, profundo, que me apasiona: el misterio del alma humana.

—¡Qué poeta!

Aurigi vio ante sí a su antiguo compañero de clase. También en el colegio hablaba de esta guisa, declamando para sí mismo, como poseído.

—Lo que yo me pregunto es...

—¿Por qué me he hecho policía? Eres la segunda persona que se lo pregunta esta noche. Justo por eso me he hecho policía: porque quizá soy un poeta, como tú dices. Percibo la poesía de esta profesión..., la poesía de este despacho gris y polvoriento, de esta mesa corroída, de esta pobre y vieja estufa cuyas juntas tienen que sufrir para que yo me mantenga caliente. ¡Y la poesía del teléfono! La poesía de las largas noches de espera en las que la niebla de la plaza llega hasta el patio de este antiguo convento, que es hoy una comisaría donde moran réprobos en lugar de santos; de las noches en las que no sucede nada, pero sucede de todo, porque en la gran ciudad dormida, en este mismo instante en el que estamos hablando, los dramas son infinitos, pese a no ser sangrientos. Mejor dicho, los más terribles son justo aquellos que no acaban con un disparo o una cuchillada...

Se detuvo como si una idea inesperada lo hubiera hecho reflexionar.

—Ya... ¡Poeta! Tú, por ejemplo, Giannetto...

El estremecimiento de Aurigi fue repentino, evidente.

—¿Yo? ¿Qué dices? ¿Qué drama voy a estar yo viviendo?

—¡Claro que no! ¿Quién ha dicho nada de tus dramas?

Decía que tú, Giannetto, ¡eres un poeta como yo! ¿No es tal vez el amor por la poesía lo que te ha hecho pensar esta noche en tu compañero de clase, lo que te ha conducido hasta aquí? ¿Por qué habrías venido, si no?

—He venido muchas otras veces, pero nunca te has asombrado por ello.

—Ya..., pero esta noche es diferente.

—¿Estás investigando?

De Vincenzi tuvo una repentina intuición.

—¡Tú me necesitas esta noche, Giannetto!

—¡Claro! Tú puedes ayudarme a que me aclare con esto.

En la Scala me entró una extraña flojera. Me quedé dormido en el palco, vencido por un agotamiento dulce y enfermizo. Después...

—¿Estabas solo?

—¿En el palco? No. Es el palco de los Marchionni. Estaban Maria Giovanna y su madre. Más tarde llegó Marchionni. Me dormí... Qué vergüenza... Mi suegro... mi futuro suegro me hizo salir al vestíbulo para reprenderme. Llevaba unos cuantos días buscando una excusa para hacerlo. Dice que me doy al juego, que paso las noches en el club, que estoy siempre de juerga y que por eso me quedo dormido cuando veo a mi prometida. Me acusa de fuertes pérdidas económicas de las que al parecer soy responsable; y, también, de haber cerrado el mes en bolsa con un balance negativo increíble...

—¿Es eso cierto?

—¿Que juego? No.

—¿Y lo de la bolsa?

Aurigi vaciló un instante, miró a los ojos a De Vincenzi y se encogió de hombros.

—¡Oh! La industria textil se ha desplomado...

—¿Tenías muchas acciones?

—Bastantes. ¡Pero esta era, si acaso, una razón para permanecer despierto! No, no. Es otra cosa. Te lo he dicho: me siento agotado. Salí del teatro antes del final del tercer acto. Necesitaba caminar. La niebla... el frío... la ciudad casi desierta... Atravesé la Galleria, volví sobre mis pasos y decidí venir aquí para verte... ¿Te aburro?

—Me preocupas.

—Bromeas, ¿verdad? No pienses que tengo algo insólito o grave que revelarte. ¡Sería ridículo!

De Vincenzi sonreía y hacía muchas preguntas con curiosidad y aire de niño bueno.

—¿A qué hora terminó el tercer acto de *Aida*?

—¡No lo sé! Hacia las once..., once y media..., quizá más tarde.

—¿Y tenías frío?

—¿Yo? ¿Por qué?

—Has llegado aquí a la una y media... Calcula.

Aurigi se encogió de hombros.

De repente, De Vincenzi se levantó y se dirigió hacia el calendario colgado de la pared. Puso un dedo sobre el número rojo y miró a Giannetto.

—Mañana es 28...

Una mirada de terror inundó los ojos de Aurigi. Se quedó sin fuerzas; no podía mantener el tipo. De pronto pareció vulnerable. Murmuró agitado:

—¡Ah! ¡Esto es el fin!

De Vincenzi se acercó a él.

—¿Estás hasta el cuello, entonces? ¿No?

Una sonrisa siniestra contrajo la boca de Giannetto.

—¿Estás de broma, De Vincenzi? ¿Qué querías decir? Que estamos a fin de mes, simplemente... Pues lo mismo he dicho yo.

—Ya. Ahora se cierra la contabilidad del mes. ¿Qué tal va ahora la industria textil?

—¡Se está recuperando!

—¿Y tú?

—¿Y yo? Ahora estoy en la industria del acero.

—Que se está hundiendo.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo veo escrito en tu cara.

—Sí, se está hundiendo. Es inexplicable, pero es así. Estoy pasando por un momento espantoso, De Vincenzi. ¿Has dicho «hasta el cuello»? Más, mucho más...

Se levantó y dio algunos pasos por la estrecha habitación. Se movía como un autómeta.

De Vincenzi lo miraba mientras trataba de comprender qué era mayor, si la aprensión que sentía por la suerte de su amigo, o el deseo frío y despiadado de llegar hasta el fondo de su cerebro y descubrir su secreto escondido.

—¡Ánimo! Eres un buen jugador; ya lo eras en el colegio. Resistirás, lograrás recuperarte.

En ese momento, Aurigi comenzó a hablar muy deprisa, como para liberarse de una carga interior.

—¡No! ¡No lo soporto más! Esta vez no puedo con ello. Ya fue grave el mes pasado. Tuve que usar todos mis recursos. Si te dijera la cifra exacta, no me creerías. Este mes tenía que recuperarme y me lo jugué todo. Vendí los títulos del textil

y compré los del acero... Todos los que pude... ¡Como un lunático o como un clarividente, que al fin y al cabo viene a ser lo mismo! ¡Tú no puedes entenderme!

—Te entiendo. Sigue.

Aurigi se puso rígido.

—¿Por qué? ¿Por qué me haces hablar?

—¿No has venido aquí para eso?

—¿Para contarte mi ruina? ¡Estás loco! ¿Por qué habría de hacer eso? ¿Tienes medio millón para darme?... ¿Tú? ¡Ja, ja!

Se reía. Estaba claro que no podía reprimir su risa ante esa idea.

—¿Puedes darme medio millón? —repitió.

—No, evidentemente no puedo darte esa cantidad. Pero el conde Marchionni...

Giannetto se detuvo y miró a De Vincenzi con los ojos abiertos de par en par, como si no entendiera nada.

—¿Marchionni?

—Claro... ¿No va a ser tu suegro? ¿Cuándo te casas? Marchionni es muy rico, ¿no?

Aurigi se encogió de hombros con cierta violencia y volvió a pasearse por la habitación.

De pronto, se detuvo.

—De Vincenzi, me has hecho hablar, aunque yo no tenía intención de hacerlo. He venido aquí para dejar de pensar. ¿Dos horas, dices? Puede ser. Pero si me preguntas dónde estuve durante esas dos horas, entre la niebla, no te sabría decir. Paseé. En un momento dado pasé por la Galleria... y vine a visitarte.

De Vincenzi soltó con sarcasmo:

—¡A comisaría!

—Claro. Pero para verte a ti, no por ir a comisaría. Para

distraerme. Podías haber tenido entre manos un buen caso que contarme. Y un buen caso, amigo mío, me habría permitido dejar de pensar en mi propia ruina.

De Vincenzi apenas tuvo tiempo para pensar que el tono y el aspecto de Aurigi resultaban espantosos y siniestros, porque el teléfono negro que estaba sobre la mesa sonó tres veces, rabioso e hiriente, como tres gritos desesperados.